

Sesión 29/10/2009- Extracto de la versión taquigráfica

**SESION ESPECIAL: CARLOS MARÍA GÓMEZ Y EDUARDO D'ANNA, ESCRITORES
DESTACADOS DE LA PROVINCIA AÑO 2009 – HOMENAJE A JOSÉ PEDRONI**

Intervención del diputado Pablo Javkin

Me voy a referir brevemente y luego voy a pedir autorización para que se le permita hablar al escritor rosarino Sebastián Riestra.

Eduardo D'Anna nació en Rosario en 1948, es poeta, ensayista, narrador y dramaturgo, también es abogado.

En su obra abarca temas sociales, políticos, personales, en una poesía que deja entrever una preocupación del autor por las situaciones del individuo, protagonista de una sociedad inestable.

Simplemente, cumpliendo lo que decía esta introducción, voy a leer un breve poema de él, que creo que puede resumir el sentido del homenaje y de parte de su poesía. El título es: "A un ministro que me preguntó qué hacer con los poetas"

*Júntelos en una plaza contratando varios arrieros
para evitar que se desparramen por cervecerías y jardines.
Ponga compactadoras en los cuatro extremos del predio,
y hágalas avanzar, lenta pero inexorablemente sobre esta masa humana
antes de que reaccionen y contraataquen arrojando libros de tirajes absurdos.
Aplástelos minuciosamente hasta hacerlos completamente papilla,
sin que se pueda distinguir órganos o gestos individuales.
Licue la masa resultante y rocíe con ella al pueblo".*

Voy a pedir, señor presidente, autorización para que se le dé la palabra al escritor Sebastián Riestra para continuar con esta referencia.

SR. RIESTRA.– Gracias, Pablo, antes que nada, por tu generosidad, por tu inteligencia, por tu amplitud.

Este breve texto intenta ser una semblanza de la obra y la personalidad de Eduardo D'Anna.

La Argentina enfrenta una coyuntura histórica difícil, signada por las pujas internas y la búsqueda de un modelo social y económico que la conduzca, definitivamente, por la senda de la prosperidad. En esa lucha por encontrar su verdadero rostro, el país necesita con urgencia recuperar los signos que constituyen su más honda y verdadera identidad.

La cultura, territorio siempre postergado en los ámbitos donde se dirime el poder, es clave en esa búsqueda, y la palabra es el instrumento privilegiado para descorrer el velo que cubre los rasgos.

Los poetas tienen el don del lenguaje, ellos son quienes enfrentan riesgos y afrontan muchas veces la soledad para decir aquello que tienen que decir. Sobre todo, cuando lo hacen en un contexto que no suele valorar su mensaje.

El rosarino Eduardo D'Anna, que nació en 1948, es autor de una valiosa obra poética, comprometida desde sus inicios en contar lo que somos. Ajena a solemnidades o formalismos, impenetrable a influencias superficiales o modas efímeras, la palabra de D'Anna se inclinó desde el vamos por bucear en su propio paisaje y expresarlo con matriz también propia.

Irreverente e irónico, el poeta desplegó sus alas en libros de los cuales acaso hoy también se sonría, pero a pesar del evidente candor –hijo de la época– ya hay en “Muy muy que digamos”, “Aventuras con usted” y el entrañable “Carne de la flaca” (dedicado a su mujer, que todavía sigue siendo su mujer) muestras nítidas de un personal talento y, sobre todo, de una irrenunciable vocación por el diálogo.

Lejos, en efecto, de cualquier torre de marfil o estéril pretensión vanguardista, D'Anna se sumará al staff de una revista ya legendaria en la historia de la poesía argentina. Comandada por Francisco y Elvio Gandolfo y con el aporte fundamental de Samuel Wolpin y Hugo Diz, “El lagrimal trifurca” se instalará en un espacio de convergencias generacionales que planteaba el presente como un puente ineludiblemente dirigido al futuro. D'Anna madurará en ese ámbito y se convertirá en audaz portador del espíritu de su época, los setenta, cargados de mitos colectivos y de generosidades, que en muchos casos implicaron la entrega de la misma vida por ideales, acaso equivocados, pero nunca espurios.

Ese fructífero, pero también dramático ciclo, se cerrará con muerte, represión, derrota y exilios. La dictadura dejará marcada para siempre la cara de la Nación y los escritores que la sobrevivan tendrán otra mirada. D'Anna no cambió, como muchos lo hicieron, de camino. Por el contrario, profundizó el viaje que había iniciado a fines de los '60. Ese viaje lo llevaba hacia adentro.

Pero no sólo hacia el interior de sí mismo, sino rumbo a la riqueza intransferible de su propio paisaje: el de Rosario. D'Anna había entendido que para un creador no existe mayor tesoro que aquello que no comparte con nadie: el lugar del cual se viene. La elección fue decisiva y lo llevó a emprender un trabajo que desbordó con largueza el ámbito de su lenguaje natural, la poesía.

Se convirtió, de pronto, en historiador. Comenzó a buscar y también a encontrar. Y además, a escribir. Y a escribir bien, algo no tan usual como debería serlo en quienes narran la historia.

El objeto de sus afanes, transformado en obsesión, era la literatura de su ciudad, ese misterio llamado Rosario. Lo que halló desbordó sus expectativas, esa urbe aún joven en términos históricos tenía un pasado que casi nadie sospechaba en el terreno de la creación literaria. Armado con un vasto arsenal de conceptos teóricos, pero sobre todo con la infatigable curiosidad del enamorado, D'Anna descubrió, atesoró y explicó obras olvidadas, en muchos casos virtualmente perdidas. Y así, de a poco, escalón tras escalón, libro a libro, fue revelando un mapa de impensada complejidad y oculta belleza.

La Historia de la Literatura de Rosario, publicada en principio en tres volúmenes por Ross –aquí presente–, y luego resumida en uno, llamado magistralmente “Capital de Nada”, es un aporte de enorme valor y una obra pionera que no sólo posee valor intrínseco, sino también

como señal en el camino. Esa señal dice “Por aquí, por aquí”. Muchos viajeros, sin embargo, aún no han conseguido descifrarla. Es una pena.

Dentro de un terreno similar se mueve otra obra heterodoxa, situada en la tradición de libros clave, como “La Radiografía de La Pampa”, y “La cabeza de Goliat” del gran Ezequiel Martínez Estrada. “Nadie cerca o lejos”, frase tomada de una conocida canción de Fito Páez, es un intento de develar el enigma de Rosario. Esa ciudad atípica y única en el país, que creció imparablemente a la sombra de Buenos Aires y de la propia capital santafesina.

Trazadas sobre un terreno prácticamente virgen, estas páginas inquietas dan otra prueba de que D’Anna no ignora que la elección adecuada del territorio es, por lo menos, tan importante como la destreza en el manejo del lenguaje. Y abren, además, un espacio de reflexión sobre un espacio singular de la Argentina.

Mientras tanto, al compás del crecimiento de sus certezas y el desarrollo de sus conocimientos, el D’Anna poeta maduraba. Incorporaba elementos y profundizaba introspecciones, siempre en el marco de un lenguaje directo y amigable, lejano a todo hermetismo. Los libros se sucedían y dejaban huellas, sumaban lectores y abrían senderos. “La máquina del tiempo”, “La montañita” e “Historia Moral” forman parte de este ciclo ya plenamente adulto, donde nos topamos con una voz aguda pero no exenta de ternura, cuestionadora desde el lirismo, irónica sin olvidar que detrás de la ironía debe subyacer siempre la respuesta.

Lector infatigable y dueño de una biblioteca que merece ser envidiada, D’Anna tiene también amores ocultos: la novela policial, de la cual es gran conocedor, es uno de ellos. Y tanto va el cántaro a la fuente, dicen, que termina rompiéndose. Y así, la pasión por Chandler, Hammett, McCoy, Cain, Goodis o Mc Donald se transformó en versión vernácula, picante, del género negro americano. Con toques personales, con delirios a la Fredric Brown, brotó “La jueza muerta”, thriller romántico que publicó De la Flor y merecería ser mejor conocido. Su continuación, otra pequeña joya, “El pobre delicioso”, permanece insólitamente inédita.

El teatro también es parte de las pasiones multifacéticas del poeta. Ha dirigido elencos y escrito obras. Una de ellas, dedicada a la figura de Manuel Belgrano.

La tarea de antólogo y recopilador tampoco le es desconocida. “La única ciudad”, una medular antología de la poesía rosarina, merece ser incluida en estos recuerdos, así como su revelación de la obra, por entonces desconocida, de Felipe Aldana. Pero D’Anna no se queda en los roles de poeta, ensayista, historiador, dramaturgo, antólogo y novelista: además es un excelente traductor. Sus versiones del gran irlandés William Butler Yeats son una rama más del árbol de su poesía.

Y dejemos, por un momento, al escritor. Porque el escritor, además de escribir, debe entrar en relación personal con el mundo que lo rodea. D’Anna es abogado y ha ejercido su profesión con éxito. También la docencia es su oficio. Y, sobre todo, es amigo de sus amigos. Con ellos ha compartido la casa, el vino, el tabaco. A veces, hasta los libros. Su familia, aquí presente, sabe también de su amor sin concesiones. Una última cuestión: como escritor, D’Anna ha sido un modelo de generosidad, abierto y franco, ha estado siempre junto a los

jóvenes, ha sido curioso y autocrítico, ha tendido invariablemente la mano. En un ámbito estigmatizado por los sectarismos, él ha dado siempre un ejemplo de convivencia. Su lucidez, en ese sentido, es paradigmática, ha sido siempre un férreo enemigo del individualismo.

Esta distinción que se le confiere no hace sino confirmar una ruta y una misión, gestoras de una obra literaria y de un modelo humano que enaltecen a los santafesinos.

Eduardo, muchas gracias por todo.

SR. PRESIDENTE (Di Pollina).– A continuación va a hacer uso de la palabra el señor diputado Raúl Lamberto.

SR. LAMBERTO.– Gracias, señor presidente.

Corresponde ahora el homenaje a José Pedroni, tras cumplirse, el 21 de septiembre, los 101 años de su nacimiento en la ciudad de Gálvez, donde vivió hasta sus 13 años y donde parte de sus poemas son dedicados a su infancia en esta ciudad.

José Pedroni, hijo de inmigrantes piamonteses, fue un escritor sencillo, humano, accesible por su claridad fraterna, compañero de la naturaleza, cantor primitivo, honesto, revelador del vitalismo de su propio mundo cotidiano.

En 1912 se traslada a la ciudad de Rosario donde estudia en la Escuela Nacional Superior de Comercio obteniendo el título de Bachiller en 1916. Posteriormente, se radica en la localidad de Juncal, donde presta labores como contador de una firma de ramos generales trasladándose nuevamente, en 1918, a San Carlos Norte.

En 1920 contrae enlace con Elena Chautemps, compañera de toda su vida. En 1921, al nacer su primer hijo y luego de recibir la baja del servicio militar, José Pedroni se traslada a Esperanza donde se emplea en la fábrica de Nicolás Schneider, desempeñándose como contador y apoderado de la firma durante 35 años. Esta ciudad fue su lugar de residencia durante la mayor parte de su vida, transformándose en su ciudad adoptiva y en la cual escribe la mayor parte de su obra poética.

En 1923 aparece su primer libro titulado “La gota de agua”. Comenzaba a mostrar una poesía distinta por su sencillez y belleza donde el protagonista principal es el hombre, el obrero, la mujer amada, los hijos y la tierra. Dos años después se publica otro éxito literario “Gracia plena”. ¡Qué futura madre no ha tenido en sus manos este libro, qué futura madre no ha tenido la posibilidad de leer sus nueve lunas que, evidentemente, constituye quizás el libro más leído, más tradicional de la obra de Pedroni!

En 1926, en una nota aparecida en el diario “La Nación”, Leopoldo Lugones exalta la obra del poeta santafesino a quien bautiza como el “hermano luminoso”.

Transcurrieron diez años para que el poeta publicara una nueva obra “Poemas y palabras”. Al año siguiente, en 1937, aparecen “Diez mujeres”, “El pan nuestro” en 1941, “Nueve cantos” en 1944. Su obra cumbre fue “Monsieur Joaquín”, publicada en 1956, libro que fuera un homenaje a los primeros inmigrantes de origen suizo, alemán, francés, belga y luxemburgués, que trabajaron la tierra y fundaron Esperanza, la primera colonia organizada del

país. En esta localidad funda el teatro de títeres “Pedro Pedrito”, con la colaboración de otro artista, Ricardo Borla.

En 1960 se publica “Cantos del hombre”, cuyos poemas recuerdan a los ciudadanos del mundo que lucharon, trabajaron y sufrieron por un mundo nuevo. En diciembre de ese año se publica “Canto a Cuba”, versos por los cuales se refleja la admiración del poeta por aquellos hombres revolucionarios. En 1961 se publica “La hoja voladora” y su último libro aparecerá en 1963, cuyo título será “El nivel y su lágrima”.

Fallece en la ciudad de Mar del Plata, el 4 de febrero de 1968, lejos de su ciudad adoptiva: Esperanza, como de su pueblo natal: Gálvez. En su obra coexisten la sobriedad y la gracia, la sencillez y la dulzura. Convergen los fundadores de los pueblos y los hombres que labran la tierra, los poemas a la madre y los poemas del ejército, los hombres grandes y una historia pequeña.

Sus poemas son un retrato hablado. Su historia no acaba con su vida. Como cuando, en ocasión de inaugurarse el Velódromo Municipal de Esperanza, se le pide un poema alusivo, y así nace un poema muy conocido, muy tradicional, que se llama: “La Bicicleta con Alas”. Algunos de sus párrafos dicen:

Tan pronto los hombres

ganen la paz,

la bicicleta de todos

volará.

La que duerme en la puerta de los cines

volará.

La del cartero

volará.

La de la Reina Guillermina

volará.

La mía –y tuya–

volará.

Por arriba del humo y los cables

me verás.

La bicicleta tendrá un solo nombre:

Libertad.

Gracias, señor presidente.